

El amor es lo único que vale del Ser Docente

María Elena Santiago Figueroa

Doctora en Psicología de la Salud. Docente en la Escuela Normal Superior Jalisco y la Escuela Normal para Educadoras de Guadalajara. safimel@yahoo.com.mx

El amor es el único elemento que hace visible y legitima la tarea de educar. Llevo cerca de 21 años en la formación de los nuevos o futuros formadores en dos instituciones educativas (ENSJ y ENEG); y desde ahí he podido calibrar y delimitar quiénes son los sujetos que tienen un amor auténtico por la profesión en la que se forman y quiénes por el contrario (la gran mayoría), sólo están ahí por interés particular, por una falsa vocación y por definiciones (no del todo claras) de lo que significa enseñar a otros.

Dichos sujetos se forman para educar, pero desconocen el motor amoroso que antes los ha formado. Formarse con amor para la profesión de educar inicia desde las palabras, los gestos y las actitudes; caracteriza a las personas que tienen iniciativa y pasión por lo que hacen, en la tarea de educar no esperan que se les dé todo, sino que se movilizan por conseguir aquello que hace falta.

Los sujetos que se forman con amor a la profesión tienen protagonismo en cada sesión de trabajo, pero no desplazan ni se confrontan con el resto de sus compañeros. Siempre muestran disposición y entienden que educar es una compleja aventura y, de esta manera, asumen el riesgo, lo viven y lo disfrutan.

El amor por educar inicia en la pasión por formarse, el aprender a acompañar y ser acompañados, de tal manera que cada vivencia, cada acto educativo, cada relación con niñas y niños cobra un especial sentido que sirve para redimensionarlo cuando se piensa dentro de la profesión. Esta pasión de formarse y el amor cuando se está ya en la profesión, se vive todos los días, en cada entrega, cada jornada, cada clase. Y esto es lo más importante que cobra sentido a la tarea de educar.

Ahora bien, lo único que falta desde la tarea de la formación, es poder generar y consolidar un sistema que incentive, propicie y garantice de la mejor manera formar docentes que amen lo que hacen y que disfruten y se apasionen por enseñar. Ahí se requiere que los formadores también lo hagan y lo vivan, que los sueños sustituyan a las palabras vacías, que los buenos ejemplos sean el mejor modelo de enseñar y que, aun en los errores, cada quien se sienta un aprendiz de y en la profesión de manera permanente.

El amor por educar se deberá vivir todos los días, en todos los rincones de las escuelas y en todas las aulas de clase de todos los niveles educativos. Implica generar una amplia red de prácticas basadas en el compromiso, el respeto y la solidaridad pedagógica. Para ello se necesita un compromiso contante por el deseo de aprender, de estudiar y de siempre saberse que algo falta y que un docente que ama lo que hace nunca termina por aprender.

Lo he podido constatar en las futuras educadoras y los futuros docentes de secundaria, que la pasión en lo que hacen lo van viviendo de a poco en cada jornada, en cada clase, en cada texto que realizan y eso es, en última instancia, lo más importante de la profesión en lo que hemos decidido formarnos.

Lo que siempre nos debe quedar claro es que para educar con amor se requieren sujetos que primero se amen a sí mismos profunda y congruentemente.